

desde el diván

De la agresión a la demanda de amor en los chistes sobre mujeres y hombres*

Grupo de estudios:
Sentimientos, Emociones y Sociedad

La risa, nos dice la Enciclopedia,¹ es un acto reflejo de lujo. Contrariamente a otros reflejos espontáneos necesarios para la supervivencia de la especie humana, nos reímos sin “propósito” biológico alguno. Su única función consistiría en la descarga o liberación de una tensión acumulada. En este sentido, la risa nos recuerda que somos un cuerpo que no siempre podemos controlar. La risa se nos escapa sin querer y en las situaciones menos oportunas. Así pues, aun teniendo muy presente que no sólo tenemos, sino que *somos* cuerpo, pretendemos fijarnos aquí en la relación que de manera tan fascinante nos proporciona la risa entre nuestro inconsciente y los procesos sociales. Para empezar, diremos que las distintas aproximaciones teóricas a la lógica emocional e intelectual de la risa convergen en un

* Este artículo es uno de los primeros resultados del GESES. En su elaboración han participado María Jesús Izquierdo, Ana Alcantud, Natalia Cantó, Ingrid Llopart, Laura Mencía, Laia Pineda y Laura Torreadella. Forma parte de un proyecto más amplio que se desarrollará en el curso 1997 en el taller de doctorado a cargo de María Jesús Izquierdo, *Chiste, inconsciente y sociedad*, dentro del programa de doctorado del Departamento de Sociología de la Universitat Autònoma de Barcelona. Se trata de una primera aproximación a la interpretación de los chistes, en tanto que una de las manifestaciones culturales más importantes. En esta ocasión nos hemos limitado a interpretarlos sin tomar en consideración el contexto en el que se han explicado. Ahora bien, nos consta que proceden de una diversidad de entornos, así como son diversas las edades y nivel educativo de quienes nos han suministrado el material sobre el que trabajamos. Asimismo, los chistes nos han sido facilitados tanto por hombres como por mujeres. Con motivo del taller de doctorado, se prestará atención al contexto en que se explican los chistes, lo cual facilitará relacionar el contenido de los mismos con las características de quien los cuenta y escucha, y del contexto en el que se relatan.

¹ Encyclopædia Britannica, Macropædia, vol. 20, p. 682.

punto: la risa nunca es neutra. Siempre que nos reímos, nos reímos de algo (personas, instituciones, ideas, mundo).

Si entendemos la risa como manifestación de un sentimiento de superioridad, nos acercamos a la posición de Baudelaire, según el cual "la risa es de aquel que sabe y sabe que sabe. La risa es del diablo". ¿Es pues también la risa un placer del entendimiento? Quizás sí, aunque no necesariamente un placer estético, nos advierte Bergson.² La risa humilla y corrige, no se trata de un placer puro o desinteresado; y en tanto incide sobre los demás, entraña una clara función social. Sin embargo, al aceptar que cuando reímos están operando ciertos códigos fruto de procesos sociales, ¿no deberíamos cuestionarla como el acto espontáneo al que se refiere la Enciclopedia y, hasta cierto punto, el sentido común?

No nos adentraremos en las múltiples y complejas interpretaciones teóricas de este fenómeno tan propio de nuestra especie, o en la infinidad de adjetivos con los que solemos caracterizar popularmente a la risa propia o ajena (tonta, sincera, grotesca, sardónica, hipócrita...), tampoco tomaremos en consideración las variadas situaciones en las que solemos reír (humorísticas, cómicas, divertidas, emotivas, absurdas). Nos proponemos estudiar la risa a través de una de las formas sociales que más "obliga" a reírnos. Nos referimos al *chiste*. En efecto, el chiste culmina cuando provoca la risa. Pese a ser una forma deliberada de humor, el chiste, comparado con otras formas de elaboración narrativa y estética, tiene un claro componente de espontaneidad. Así pues, tal como refleja su nombre en catalán (*acudit*) o en alemán (*Witz*), el chiste se fundamenta en la ocurrencia, en la libre asociación.

¿Por qué y de qué nos reímos cuando escuchamos un chiste?, ¿acaso de sus contenidos más manifiestos?, ¿o es que más bien entrañan muchos chistes un sentido latente, quizás también mucho más cercano a nuestro verdadero sentir? ¿Qué relación tienen los chistes con los procesos inconscientes?, ¿qué nos dicen nuestros chistes sobre nosotros/as mismos/as y sobre nuestras relaciones?, ¿hasta qué punto nos pueden iluminar sobre la sociedad en que vivimos? Teniendo en cuenta que buena parte de los mismos nos habla de las relaciones entre los

² H. Bergson, *Le rire, essai sur la signification du comique*, París, P.U.F., 1972 (edición núm. 303).

sexos, y hasta sobre la “guerra entre los sexos”, ¿qué podemos extraer de sus contenidos? ¿representa el chiste un arma en la citada “guerra”?; y en todo caso, ¿cuál es su eficacia?

Para aventurar algunas respuestas en relación a todos los interrogantes aquí planteados, proponemos empezar explorando las conexiones entre lo psíquico, lo social y el chiste, para pasar luego al análisis más detallado de las relaciones de sexo y/o género en los chistes. Cuando alguien pretende contar un chiste misógino, sexista o feminista, etc. y se busca la risa de los presentes, ¿qué mueve al narrador a agredir?; ¿qué sucede con el sexo agredido? Esperamos, una vez tratados los interrogantes aquí planteados, entender un poco mejor por qué y de qué nos reímos en nuestras relaciones entre sexos.

Avanzaremos una de las hipótesis que vendría a recoger diversos elementos de los aquí señalados: es cierto que cuando contamos chistes (y nos reímos con ellos) hay normalmente una persona agredida; sin embargo, el placer que obtenemos con la risa, ¿no nos convierte en definitiva en menos agresivos e intolerantes?

El chiste y lo psíquico

Vivir produce sufrimiento, y el sufrimiento nos prueba que estamos vivos dándonos sentido de realidad; tal vez por eso cuando somos felices decimos “pellízcame para saber si estoy soñando”. Sin embargo, hay una parte considerable del sufrimiento cuya eliminación no comporta negar la realidad o la vida. Al eliminar ese sufrimiento estéril, o en todo caso productivo para otros que no nosotros, la hacemos posible, apegándonos más a ella y deseando permanecer vivos. ¿Qué tiene que ver el chiste con suprimir el sufrimiento estéril? ¿De qué modo puede contribuir a que amemos la vida? Eso es precisamente a lo que nos gustaría responder. La risa de la gente cuando explicamos chistes, los chistes que contamos, de los que nos reímos, que nos hacen reír, pueden ayudarnos a perseverar en el objetivo de ser felices, aun sabiendo que la felicidad no es un estado permanente.

Freud dedicó buena parte de su vida a advertirnos de lo peligroso que resulta ser inconsciente de los verdaderos deseos, porque en esas condiciones no hay modo de realizarlos ni de aprender que en el fondo son irrealizables. No siendo conscientes de ellos, no sabemos a qué se renuncia, qué es inalcanzable y qué deseos se pueden satisfacer acomodo-

dándonos a los límites que la realidad impone. Lo amenazante de esa ceguera es que nos vuelve hostiles a la vida y capaces de incurrir en conductas autodestructivas y destructivas de nuestro entorno, sembrando la infelicidad a nuestro paso y regodeándonos en ella.

La represión, que impide el acceso de nuestros deseos a la conciencia, se alimenta de la energía que usaríamos para satisfacerlos, por lo que resta fuerzas a la vida y nos pone al servicio de la muerte. No siendo posible matar el deseo, la represión lo separa de la conciencia, impidiendo que las funciones psicomotrices del yo se pongan al servicio de su realización.

Refirnos con los chistes y reconocer qué nos hizo reír son mecanismos al servicio de la vida por los motivos que ya hemos señalado. Entendemos que es una forma higiénica de obtener placer, favoreciendo la salud psíquica, y eso por varias razones. En primer lugar, el chiste sitúa los deseos inconscientes en una zona más próxima a la conciencia, y por lo tanto los hace más accesibles a ella. En segundo lugar, el placer obtenido mediante la risa suaviza la severidad del superyó, pues al ser menor el grado en que nuestros deseos están frustrados es menor la energía agresiva de que se nutre. Además, las situaciones placenteras, como la que se da cuando se cuentan chistes, han de disminuir el sentimiento inconsciente de culpabilidad que nace de la severidad del superyó. Ese sentimiento, por ser inconsciente, no es inmediatamente detectable, el indicio de su existencia es la necesidad de castigo. Esta lleva a que la persona se maltrate o establezca relaciones de las que sale maltrecha, buscando expiar la culpa de desear lo prohibido y, una vez expiada, alcanzar la felicidad. Sin embargo, una cosa es admitir que quien quiera experimentar una felicidad intensa ha de estar dispuesto a soportar el dolor que inevitablemente lo acompaña, y otra muy distinta es suponer que para llegar a ser feliz hay que sufrir primero. El sentimiento inconsciente de culpabilidad y la necesidad de castigo que le acompaña abocan a un sufrimiento inútil, que lejos de acercarnos a la felicidad ansiada nos aleja indefectiblemente de ella. O, en todo caso, hace de nosotros seres sumisos, carne de cañón de deseos ajenos.

Sospechamos que el acceso de los deseos a la conciencia no sólo indica un cambio en el funcionamiento del aparato psíquico, implica también una modificación de su topografía. Creemos que el superyó, instancia censora, se empequeñece, cediendo al yo el territorio perdido. Al agrandarse el yo, representante de la persona, que siente, percibe y

actúa movido por el principio del placer sin olvidar que la realidad impone límites, es posible buscar la satisfacción en la realidad, no en la fantasía inconsciente. El sentimiento inconsciente de culpabilidad, que nace de deseos no satisfechos, es un eslabón de la cadena que nos ata a la infelicidad. A más deseos insatisfechos, más sentimiento inconsciente de culpabilidad, a mayor culpa, más deseos insatisfechos. Por otra parte, los sentimientos de culpa más lacerantes los experimentan las personas más virtuosas, en una espiral sin límite: a más virtud, más sentimiento de culpa, a más sentimiento de culpa, más virtud.

Al ser la transgresión esencia del chiste, hemos de sospechar que contribuye a romper esa espiral, suavizando el sentimiento de culpa y haciendo, con ello, más tolerante a la persona respecto de los propios deseos o de los ajenos, y más dispuesta por ello a realizarlos. También ha de facilitar la comunicación cuando lo que se tiene que decir es muy duro de escuchar.

El chiste es una elaboración intelectual que permite la satisfacción de deseos reprimidos que permanecen inconscientes en nuestro aparato psíquico. Es una vía de escape a la represión psíquica, permite eludir la y obtener la gratificación de un deseo inconsciente a través del placer de la risa. El placer tiene dos fuentes: la conexión con el deseo y la liberación de energía contenida que supone la risa. Ahora bien, aunque el chiste nos conecta con el deseo, el deseo no llega a consumarse. Viene a ser como el "lote navideño": no te aumentarán el sueldo, ni serás jefe, pero que te quiten lo bailao.

Pero además, el chiste se comparte y la risa es la muestra de la obtención de placer, no sólo para la persona que lo relata, sino también para los oyentes. A la persona que escucha un chiste se le ofrecen una serie de representaciones que permiten que sus deseos inconscientes encuentren una expresión a la que aferrarse para salir a la luz. Lo que muestra la risa compartida entre la persona que cuenta el chiste y los oyentes es que hay ciertos deseos y fantasías comunes a nivel inconsciente.

El chiste que permite la liberación de deseos inconscientes comunes queda sancionado como tal, con la risa compartida y durante los breves instantes que dura se disuelven las fronteras entre lo físico, lo psíquico-inconsciente y lo social.

Este sólo sería uno de los múltiples tipos de risa que podemos encontrar ya que, tal como hemos señalado, la dinámica de explicar chistes nos puede llevar a otras risas mucho menos gratificantes, como

la risa coactiva, en la que se nos obliga a reír, o la risa que nos impide llorar ante una agresión. Pero estas risas, aunque también tienen su expresión en lo psíquico, son más comprensibles desde una aproximación social, que también trataremos.

Considerando el chiste una elaboración lingüística (para este artículo hemos recopilado los que toman forma de enunciados y se transmiten oralmente) que contiene representaciones concretas de nuestras percepciones e imaginarios de las experiencias cotidianas, observemos los mecanismos psíquicos en los que el chiste tiene lugar.

Nos provocan la risa el desliz verbal: juegos de palabras, contrasentidos, metáforas; también el desliz intelectual: contenido manifiesto; y el contexto. Esta risa conlleva un efecto tonificante y liberador asociado siempre con la acción de contar chistes. En el fondo se trata de una transgresión lingüística, de las leyes... del lenguaje. Así pues, existe en la verbalización de lo cotidiano un reconocimiento casi consciente de nuestras voluntades o deseos inconscientes y de las barreras represivas que nos impiden obtener el placer.

Que hay ciertas instituciones en la sociedad que no comulgan con el chiste es bien sabido por todos/as. Pensemos si no en la monarquía o según como en la iglesia. Reírnos de estas instituciones (atacarlas) implica un grado de cinismo que el chiste nos proporciona a menudo. Los chistes cínicos desbaratan el respeto por las instituciones sociales que imponen normas y límites a la realización de nuestros deseos. ¿Cuántas veces hemos oído, contado, incluso inventado chistes de curas, profesores, feministas, jefes, políticos, etc. y nos hemos reído más a gusto que nadie? Otro mecanismo represor consiste en construir una visión de la realidad, que no coincidiendo necesariamente con la misma, se presenta como conocimiento objetivo y válido. Los chistes escépticos atacan a la certeza misma de nuestro conocimiento mediante las técnicas del contrasentido o de la figuración por lo contrario. Atacan todo aquello que damos por verdadero.

Así como los chistes cínicos y escépticos atacan el orden y las normas que se interponen en el camino del placer, los *chistes sexuales* y los *chistes agresivos* persiguen el placer directamente. Al poner de relieve en forma deliberada hechos y circunstancias sexuales por medio del decir, los chistes liberan pulsiones tanto eróticas como agresivas.

Tal vez, el mecanismo del chiste, que como vemos, abre los poros de la membrana que separa la conciencia de lo inconsciente, ayuda a fortalecer a la persona, la instancia del *yo*, llevándola a un estadio muy

cercano a la comprensión de las condiciones que nos hacen sufrir al margen de condiciones exteriores.

El chiste y lo social

Desde el momento en que nacemos —incluso antes—, entramos en relación con los demás. Establecer relaciones sociales no es una cuestión de volición, de decisión individual, sino que es una necesidad intrínseca del ser humano. Estas relaciones sociales, inevitables para la supervivencia, no son una balsa de aceite, sino que de ellas proviene la principal fuente de sufrimiento humano, ya que convivir comporta imposiciones, renunciaciones, límites, abuso de los unos para con los otros. El chiste, en este sentido, es un bálsamo idóneo para apaciguar nuestro dolor, permitiéndonos conectar con aquellos deseos reprimidos que guardamos en lo más recóndito de nuestro ser.

Sabemos ya que mediante el chiste podemos descargar tensiones, expresando nuestros deseos sin llegar a realizarlos y, por lo tanto, sin sufrir las consecuencias de su realización. Al reír a través del chiste se nos escapa lo reprimido, escondiéndolo en el ingenio y en la técnica del chiste, o expresando en toda su brutalidad deseos, intenciones u opiniones.

Verbalizar aquello que nos duele no es una condición suficiente para que desaparezca el dolor, pero sí es una forma de apaciguar nuestro malestar por unos momentos. El chiste puede funcionar como un instrumento de descarga para hacer más llevaderas las tensiones producidas en las relaciones de poder que se establecen en la sociedad.

Así pues, el chiste tiene un carácter social, ya que nos ayuda a soportar malestares cuyo origen se encuentra en la relación con los demás, pero éste no es el único aspecto social que presenta. El mismo acto de contar un chiste es impensable si no se lleva a cabo en un medio social. Freud lo define por la presencia de tres sujetos. Se requiere la persona que lo cuenta, la que lo escucha y el objeto del chiste, una tercera persona. La interacción entre quien lo cuenta y quien lo escucha se debe producir en un contexto en el que ambos compartan el mismo código lingüístico y cultural, para poder conectar con aquello de lo que se están riendo. En la relación triangular entre narrador, receptor y objeto del chiste se produce la situación de reírse con alguien de alguien. Quien explica el chiste realiza sus deseos en el sentido de ver que los

mismos elementos provocan la risa a su interlocutor; lo que le produce placer tiene una realidad objetiva, dada la reacción de quien le escucha.

Aunque de manera dominante, los chistes han sido contados por hombres, y han tenido como objeto a mujeres; en los últimos tiempos han ido emergiendo chistes sexistas narrados desde la perspectiva de las mujeres. En un momento en el cual el discurso dominante alerta de la precariedad de las identidades, el chiste se convierte en un arma para afirmarlas, convirtiendo, por unos breves momentos, la duda en certeza y la ambigüedad en evidencia. Esta guerra entre posiciones divergentes que aparecen enfrentadas, se lleva a cabo utilizando un estereotipo mediante el cual degradar al otro.

De esta forma, el potencial del chiste no sólo sirve para reafirmar de una posición de poder, sino que también puede ser utilizado para cuestionarla. Un mismo chiste puede servir de arma legitimadora de poder, o bien, de instrumento transgresor y de denuncia, dependiendo del contexto y manera de narrarlo.

Podríamos acabar afirmando que el chiste se nos presenta como un arma de doble filo. Nos alerta de los posibles puntos conflictivos en la estructura social, ya sea intentando reafirmarlos o cuestionarlos. El elemento constante es que surgen zonas conflictivas de la organización social, apareciendo como síntomas de que algo va mal.

Análisis de los chistes

A continuación pasaremos a analizar los chistes que se cuentan sobre las mujeres, los hombres, y la relación entre hombres y mujeres. Los hemos recogido en nuestro entorno inmediato, y han sido contados por personas de distintas edades, desde niñas y niños hasta personas mayores. En total se trata de 119 chistes, que evidentemente no tomamos como una muestra representativa, desde el punto de vista estadístico, de los chistes que se cuentan. Sí pensamos que se trata de un conjunto significativo.

Como ya hemos señalado, por lo general, el chiste provoca risa porque se produce una transgresión del lenguaje, retorciendo las palabras, o jugando con dobles significados, o bien se basa en el propio contenido del chiste. En el caso que nos ocupa, casi todos los chistes, 9 de cada 10, se basan en lo que se dice y en algunos de ellos se recurre, además, a la manera en que se usa el lenguaje. Es curiosa la frecuencia

con la que el chiste se narra mediante preguntas que formula y responde el propio narrador, como si se persiguiera explicar cómo son, para qué sirven, qué quieren los hombres y las mujeres, en tanto se les supone distintos por el hecho de ser de distinto sexo. Si 8 de 10 chistes tienen un contenido sexista, 7 de 10 son además narrados en forma de pregunta respuesta; es como si tuvieran un contenido “educativo” o “explicativo” sobre qué consiste ser mujer u hombre. Si algo necesita tanta explicación, nos hace sospechar que cuesta mucho entenderlo, de donde los chistes sobre hombres y mujeres manifiestan las dificultades de adecuar a los sexos a patrones de género.

Agresivo	59
Cínico	17
Escéptico	4
Otros	4

Si es verdad que los chistes permiten, en alguna medida, realizar deseos, o por lo menos expresarlos, se podría anticipar que entre hombres y mujeres, los principales deseos que emergieran serían de carácter sexual; sin embargo, la mitad de los chistes que nos han contado tienen un carácter agresivo, y sólo una tercera parte tienen un contenido sexual. El tipo de la agresión más frecuente es la agresión psíquica como fin en sí misma. La sexualidad y el género son los dos temas principales, y a buena distancia, las actividades domésticas y la familia. Las mujeres son objeto del chiste con más frecuencia que los hombres, y los contenidos sexistas son los más habituales. El contenido es sexual en más de la mitad de los chistes en que aparecen hombres, y es agresivo en más de la mitad de los casos en que aparecen mujeres.

La técnica de la pregunta/respuesta se usa especialmente en los chistes cuyo contenido es agresivo. El tipo de chiste en el que es más frecuente encontrar agresividad es aquél en el que se mencionan contenidos de género. Lo que nos hace sospechar que la necesidad de agredir procede de las relaciones entre hombres y mujeres, no tanto en cuanto sexo como en cuanto género. Así pues se podría interpretar que la agresión está relacionada con la insatisfacción o el miedo de los hombres respecto de la conducta “femenina” de las mujeres; como un modo de disciplinación o de castigo. En cuanto a las relaciones entre personajes, en los chistes sexistas en los que aparecen tanto hombres como mujeres predominan las relaciones persona/cosa o relaciones jerárquicas. En

cambio, en los chistes en que aparecen sólo hombres predominan las relaciones entre personas, no jerárquicas.

Lo latente, lo manifiesto y lo inconsciente en el chiste

En el chiste se conjugan varios planos, por ello su interpretación comporta una dificultad considerable. Lo que se dice y lo que se quiere decir son cosas bien distintas. En el primer caso se recurre a unos significados compartidos en una misma cultura, cosa obvia, ya que el chiste es un acto social. En el segundo se busca reavivar la satisfacción que se obtuvo cuando el chiste se escuchó, sintiendo la reacción que tiene la persona a la que se le explica. También se puede convertir en un medio para decirle a quien se le cuenta lo que normalmente no nos atreveríamos a decir directamente, de donde puede estar facilitando un diálogo cegado. Vamos a excluir la interpretación de ese resto, lo que quiere decir quien lo explica, para centrarnos en el significado universal que le podemos atribuir.

A continuación, pues, vamos a analizar el *contenido* más *manifiesto* de algunos chistes, en los que quedan reflejadas las nociones relativas a los deberes, derechos, libertades y, en definitiva, a la coerción externa de las relaciones sociales.

—¿Qué es una hoja de papel en blanco para una mujer?

—Sus derechos.

—¿Cómo podemos dar más libertad a una mujer?

—Ampliándole la cocina.

—¿Cómo podemos darle más libertad de acción?

—Juntándole la cocina con el dormitorio.

—¿Cómo podemos darle más libertad de expresión?

—Sacándole el rabo de la boca.

—¿Qué hace una mujer en el salón?

—Turismo.

—¿Cuál es la última botella que abre una mujer en una fiesta?

—*La de Fairy*.³

³ Conocida marca de detergente para platos.

Una primera consideración es que no existen *deberes* ni *derechos* universales compartidos por hombres y mujeres, sino que hay sólo deberes y derechos de género. En todo caso, deberes que tienen que cumplir las mujeres y derechos que sólo pueden ejercer los hombres. Tal y como podemos apreciar, de la carencia de derechos de las mujeres en tanto que individuos, se deriva una ausencia de libertad sexual y una ausencia de libertad de movimientos, tanto en un sentido literal como metafórico. Su libertad de "acción" se restringe al espacio doméstico-cocina o a una sexualidad sujeta a los deseos del varón, sea éste o no su pareja. Así pues, por pertenecer al sexo femenino, las mujeres no son reconocidas como individuos, en el sentido de que no son portadoras de derechos y deberes independientemente del lugar social que ocupen. Por el hecho de ser mujeres están subordinadas a los hombres y a ellos deben su protección, lo que nos situaría en un contexto anterior a la aparición de la ciudadanía civil, por la cual los individuos disfrutaban de un estatus libre con derechos inherentes a su condición de individuos. Más remota es todavía la posibilidad de ejercer derechos políticos o sociales, si seguimos la tipología establecida por T. H. Marshall.⁴

Podríamos ver, a continuación, qué tipo de ciudadanía civil se les adjudica a aquellos que en los chistes que hemos recogido son considerados individuos: los hombres. Más que definir su libertad en términos de libertad de expresión y pensamiento o de responsabilidad en la acción, indisociable del respeto por el *otro*, se nos presenta como una libertad asociada a la propiedad, en este caso a la propiedad de la mujer, sobre la cual el hombre tendría un "derecho natural". Se trata pues de una libertad individualista y posesiva. Y aquí nos sumaríamos a las tesis de Pateman (1988)⁵ y de Fraser y Gordon (1992): para que hombres libres e iguales puedan construir un orden social nuevo, y puedan ser ciudadanos con sus derechos civiles primero, políticos y sociales después, se ha pactado previamente un contrato que legitima la subordina-

⁴ T. H. Marshall (1949), *Social policy in the twentieth century*/ Londres: Hutchinson University Library, 1967, T. H. Marshall estableció una gradación de derechos ciudadanos (civiles, políticos y finalmente sociales) según las sociedades iban evolucionando.

⁵ Carole Pateman, *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995. Fraser y Linda Gordon, "Contrato versus caridad: Una reconsideración de la relación entre ciudadanía civil y ciudadanía social", *Isegoría*, núm. 6, 1992.

ción de las mujeres a los hombres, el contrato sexual (Pateman). El contrato sexual, pues, es previo y distinto al contrato matrimonial. Es decir, no sólo hay sujeción por ser "esposa de", sino también por ser mujer. En nuestra muestra de chistes, sólo los hombres son propietarios de su persona, y por lo tanto son los únicos que tienen el estatuto de individuo. En el imaginario que reflejan los chistes, las mujeres no son ni individuos ni propietarias de su cuerpo.

Así, en los chistes donde aparece violencia física, los hombres son sujeto agresor y las mujeres objeto agredido. La violencia doméstica llega a ser un círculo vicioso que las propias mujeres difícilmente llegan a romper:

—Paco, Paco...¿a dónde vas?

—A la taberna.

—Pues pégame ahora que luego me despiertas.

Las mujeres son como baldosas: si las pegas bien al principio, puedes pisarlas toda la vida.

Ahora bien, la misma lógica de la sociedad patriarcal se vuelve en contra de los hombres, culpabilizándolos de no ser capaces de satisfacer las expectativas que sobre ellos se depositan:

¿Cuáles son las aspiraciones de una mujer cuando se casa?

Tener un jaguar en el garaje, un visón en el armario y un tigre en la cama. ¿Y qué es lo que realmente obtiene? Un panda en el garaje, un conejo en el armario y un cerdo en la cama.

¿Cuál es el colmo de una mujer ? Que por medio kilo de salchicha se tiene que llevar el cerdo entero.

En ambos chistes los hombres son tomados como objeto, pero no como objeto de deseo, sino como medio o instrumento para llegar a lo que "desean" las mujeres: la comodidad material y una satisfacción sexual falocéntrica.

Siguiendo esta línea discursiva podemos apreciar cómo los hombres son tratados de torpes y poco lúcidos en sus funciones intelectuales:

¿Qué hacen dos neuronas en el cerebro de un hombre? No se ha dado el caso.

Evidentemente, este tipo de chistes también se aplican a las mujeres. La diferencia, cuando la inteligencia de la mujer es tomada como objeto del chiste, es que la incapacidad intelectual de las mujeres, tiene como origen las diferencias biológicas. Así, por ejemplo:

El ser humano es un ser inteligente: salvo la excepción que tiene la regla.

En resumidas cuentas, el contenido manifiesto de los chistes nos lleva a la conclusión de que los hombres y las mujeres están en guerra, los sentimientos de unos en relación a los otros se mueven entre el odio y el desprecio. El deseo de maltratar a las mujeres es el dominante, seguido del deseo de utilizarlas sexualmente como cosas. La mujer no aparece como objeto de deseo del hombre, sino como instrumento de placer erótico o agresivo. Por añadidura, no se le concibe libre, ni por lo tanto responsable. A ella no se le atribuyen derechos y deberes, más bien culpas.

Otra línea de interpretación de los chistes nos lleva a considerarlos portadores de *máximas de vida*, recetas para vivir, guías de conducta que impelen a la acción y que no sólo aparecen manifiestas, sino que también se mueven en el plano latente. Esta aproximación nos permitirá pasar progresivamente del plano manifiesto al latente.

¿Por qué está claro que Dios no era mujer?

Porque entonces el semen sabría a Baileys.

El chiste parece advertirnos de que quien interviene en la construcción del mundo, lo hace a partir de sus propios deseos, necesidades y preferencias. Por ello, para la mujer no tiene sentido denunciar que la historia, las leyes, la organización del trabajo, etc., se ha hecho de espaldas. Hay que estar en posición de poder conseguir lo que se desea. He aquí la máxima: "Si consigues el poder podrás lograr que las cosas sean según tu conveniencia".

Volviendo al chiste sobre el tigre en la cama, vemos algo común a casi todos los chistes: es susceptible de una diversidad de lecturas. Señala que el matrimonio es una estafa, y como en el chiste del Baileys, no debes contar con que los demás satisfagan tus deseos. "¡No te cases!"... si lo haces buscando que el otro te proporcione lo que no tienes.

—¿Qué hace una mujer fuera de la cocina? Turismo.

También aquí se combinan el plano manifiesto y el latente. El manifiesto es obvio: "Mujer no salgas de tu espacio natural", fuera de la cocina eres una intrusa o una visitante. Sin embargo, el mensaje latente es el contrario: "Si no quieres ser tratada como una turista no te comportes como si lo fueras". Ese doble plano también puede captarse en el siguiente chiste:

—Van por la carretera una mujer conduciendo a 40 km/h, y de cara, saltándose un stop, un motorista a 200 km/h y chocan. ¿De quién es la culpa?

—De la mujer, por salir de la cocina.

¿Qué refleja el chiste? La advertencia evidente es: "Mujer, si sales de la cocina te atribuirán la culpa de todo lo que ocurra", incluso en una situación tan extrema como la que se describe en el chiste. Ahora bien, no debemos confundir culpa con responsabilidad. Ser responsable significa que se participa en los resultados de un acontecimiento, que lo ocurrido ha dependido de uno mismo, y por lo tanto, lo hubiera podido evitar. En cambio la culpabilidad remite a un estado interior que no tiene por qué apoyarse en hechos objetivos; es posible, y de hecho frecuente, sentirse culpable a pesar de no haber tenido intervención en los hechos. En el chiste, es muy poco probable que la mujer haya contribuido a que se produjera el accidente; por ello, en modo alguno es responsable de que haya ocurrido. De hecho, el chiste no se refiere a la responsabilidad, sino a la culpa. El hecho de que "tiene la culpa", significa que cree haber provocado el accidente. Si la mujer, a pesar de todos los hechos en contra, cree que es ella quien ha provocado el accidente, es que experimenta un sentimiento de omnipotencia, atribuyéndose una capacidad para desencadenar acontecimientos de la que carece. ¡Se cree capaz de causar un accidente conduciendo a 40 km/h, frente a un motorista que circula a 200 km/h. y se ha saltado un stop!. El chiste parece advertir: "Cuando las mujeres salen de la cocina adoptan una actitud omnipotente". La máxima de vida sería "Si te crees omnipotente te sentirás culpable por todo lo que ocurra" y podría incluso añadirse que una forma de culpabilizar a la mujer por todo lo que ocurre es apelar a sus sentimientos de omnipotencia.

Tomaremos algunos ejemplos más para mostrar la riqueza de significados que se entrevé en los chistes:

—¿En qué se parecen una mujer y una caja de donetes?

—En que cuando se abren salen amigos por todas partes⁶

⁶ Para entender el chiste hay que tener presente un anuncio de televisión en que un niño llega a la escuela con una caja de estos bollos; atraídos por el dulce, se le acercan una multitud de compañeros de escuela que se los comen.

Lo manifiesto es que los donetes son una cosa de comer que gusta mucho y a todos, eso es lo que muestran los anuncios de este alimento. El chiste se basa en el doble sentido de la palabra “abrir”, en el caso de la caja, al abrirse se hace visible y accesible su contenido. En el lenguaje coloquial, abrirse, o una persona abierta es aquella que está dispuesta a relacionarse con los demás, a hacerse accesible, a mostrarse ¿Y qué pasa en el caso de la mujer? Evidentemente, se está utilizando el doble sentido, deslizándose de la apertura comunicativa a la apertura erótica, a la apertura vaginal. En este caso abrirse, ya no es para tomar su contenido, sino para entrar. “Salen amigos por todas partes”, tiene como significado manifiesto: que aparecen amigos donde no los había, que el reclamo para la amistad es el sexo y que ése es un reclamo universal, indiscriminado en el caso de las mujeres y en relación a los hombres.

Pero “se abre” y “salen” puede ser interpretado de otro modo, de hecho el contrario. Lo reprimido, lo inconsciente, suele aflorar con el contenido invertido. Qué sería lo que se está reprimiendo y que el chiste insinúa entre transparencias. Entre hombres y mujeres, lo fundamental es el sexo y de su mano el amor. El amor se nos presenta como la fusión entre dos cuerpos y dos almas, a través de la cual nace un solo ser, es la pérdida del sí mismo que puede tener como resultado pasar a ser poseído por el otro, de donde no se estaría formando un ser nuevo, sino completando a uno de los dos seres fundidos. La preservación de la propia autonomía puede ser vivida culturalmente como una traición al amor, por lo que ese deseo de autonomía queda reprimido. Como el deseo de autonomía de un hijo en relación a su madre, ésta puede vivirlo como una traición. Eso es especialmente cierto en una sociedad sexista y patriarcal, en que a las mujeres se les atribuye un papel único, el de madres. No siendo otra cosa que madres, pueden vivir el crecimiento e independencia de los hijos como una pérdida de identidad, y por ello resistirse a que tengan vida propia. Como mujeres, cuya identidad depende del reconocimiento que reciben, del amor que despiertan, necesitan conservar cerca el espejo que es la mirada del otro, para saber que existen, por lo que exigirán su presencia y su mirada sobre ellas constantemente.

Volviendo al chiste. Cuando la mujer se “abre”, como contenido latente, da acceso a la “entrada” de hombres y por eso le “salen” amigos. Como contenido inconsciente, cuando se “abre”, pueden “salir” los hombres, les deja tener vida propia, y cuando les deja tener vida propia puede tener amigos. En este chiste interpretamos que se expresa

una queja de los hombres ante el deseo de amor fusional por parte de las mujeres, queja que volvemos a encontrar en otro chiste:

Una mujer le dice a su marido:

—¡Cariño, cariño! ¡Dime una cosa dulce!

—¡Tu puta madre en almíbar!

En este caso ya no se habla del sexo, sino del amor y desamor. La primera impresión es que se produce una agresión gratuita, a cuento de qué viene meter a la madre de por medio, por qué esa respuesta tan desagradable, y por qué se espera que una respuesta tan agresiva pueda despertar la risa. El contenido manifiesto del chiste es de rechazo hacia la mujer. La mujer le pide a su marido repetidamente “¡cariño, cariño!”, que le exprese su amor diciéndole algo “dulce”. No le está ofreciendo su amor, no se ofrece a sí misma, sino que le pide en sus propios términos algo “dulce”. El dulce es pegajoso, y lo que su marido le ofrece es a su madre embalsamada en dulzura. Una puede morir ahogada en la dulzura. Y qué pinta la madre en todo esto. Tal vez se produzca un desplazamiento de la hija a la madre, o tal vez, como es habitual en las discusiones entre parejas, el marido se queje de la mujer que ha fabricado su suegra. En definitiva, es un chiste con un contenido muy cercano al anterior. Por añadidura, parece señalar la posición narcisista de las mujeres en el amor, esa búsqueda de ser amadas, en lugar de situarse como sujetos activos, enviando, a la vez una advertencia sobre las relaciones fusionales que son tan propias de las personalidades narcisistas.

La paradoja es que a través de un chiste con un marcado contenido sexista, se formula una crítica de las consecuencias del sexismo, que favorece en las mujeres las personalidades narcisistas y las relaciones fusionales. Sin embargo queda un interrogante que no sabemos contestar. Si este tipo de quejas aparecen repetidamente en el chiste, como hemos podido constatar, puede tomarse como indicativo de que los hombres no pueden expresarlas en la vida cotidiana, no es un problema del que puedan hablar con las mujeres y, en alguna medida, se trata de un problema que ellos mismos probablemente eluden. ¿Dónde nace la dificultad del diálogo?

Son escasos los chistes en que se mencionan las diferencias entre los sexos, y que a la vez no sean sexistas.

Le preguntan a un maño.⁷

—¿Cómo serán las personas del siglo XXI?

—Pues no sé pero me han dicho que los hombres serán “simbólicos” y las mujeres “sintéticas”.

La pregunta se dirige a un hombre, respecto del cual se presume que es primario, que no se deja deslumbrar por las apariencias. La pregunta se refiere a cómo será el futuro, el contexto en el que se formula la pregunta es el de una sociedad dominada por la ideología del progreso, de donde lo esperable es que responda narrando las ventajas del futuro. El maño no se compromete personalmente con una respuesta, no está dispuesto a que se rían a su costa, y se basa en lo que le han dicho terceras personas. No le han preguntado por los hombres y las mujeres, sino por “las personas”, y con el juego de las palabras “simbólicos” y “sintéticas”, indica que, evidentemente, “las personas”, no serán hombres y mujeres, por eso los define por lo que no tendrán, por las diferencias que desaparecerán. No porque espere que hombres y mujeres lleguen a ser seres completos, sino porque cree que perderán lo que tenían de diferente. En este chiste parece establecerse una equivalencia entre progreso e indiferenciación, y podemos añadir que a la indiferenciación le sigue la indiferencia y a ésta la desaparición del deseo.

El modo en que se atribuyen *causas* o *intenciones* en las relaciones entre hombres y mujeres es también ilustrativo de los agravios o fantasías que presiden las relaciones entre los unos y las otras. En muchos chistes se atribuye toda causa de los males, problemas o accidentes a la mera existencia de las mujeres en este mundo o al hecho de que salgan de casa. El chiste que explicábamos más arriba sobre el accidente entre un motorista y la conductora de un coche serviría de ejemplo de lo que decimos. También es un ejemplo clásico el siguiente:

Dios hizo al hombre y descansó. Luego hizo a la mujer y ya no hubo quien descansara.

Por otra parte, lo que mueve a los hombres a establecer relaciones con las mujeres es el deseo entendido como necesidad, lo que compendia la relación causal e intencional; una vez satisfecho, cesa la fuerza motriz:

⁷ “Maño” es la expresión con la que se designa a los aragoneses, sobre los que circula el prejuicio de que son muy primarios y francos.

—¿Qué hace una mujer después de hacer el amor?

—Estorbar

Tomemos ahora algunos chistes para señalar el carácter *instrumental* o *expresivo* de las relaciones entre hombres y mujeres en su plano manifiesto, contraponiéndolo al plano inconsciente que nos remite a nuestros deseos más profundos y a las ambivalencias más dolorosas. Las *relaciones instrumentales* se caracterizan por tomar al *otro* como algo a lo que usar, no como un sujeto dotado de deseos, aspiraciones o voluntad. En ellas el *otro* no es considerado como un igual, un ser humano fin en sí mismo, sino que se le “valora” como medio eficaz para alcanzar fines.

—¿En qué se parece una mujer a una lavadora?

—En que le echas cuatro polvos y te lavan la ropa.

Este es un claro ejemplo de que el interés por la mujer está en que lave la ropa. La mujer aparece simplemente como un instrumento/electrodoméstico más de los que componen el ajuar de una casa. El chiste que ya hemos mencionado sobre las aspiraciones de la mujer cuando se casa, nos muestra la otra cara de las relaciones instrumentales: en aquel caso es a la mujer a quien no le interesa el hombre en sí mismo, sino como instrumento de placer o medio para obtener bienestar material, riqueza, comodidad, prestigio, etc.

El segundo tipo de *relaciones* cuya expresión se puede buscar en el chiste son las *expresivas*. En ellas el *otro* constituye un fin en sí mismo, el interés está en la propia persona y no en lo que le podamos sacar. Sin embargo es llamativa la ausencia de chistes en los que el *otro* o la *otra* constituyan un fin. No obstante, sería una conclusión demasiado precipitada suponer que todas las relaciones son instrumentales, más bien al contrario. Ese vacío puede indicar que deseamos tan intensamente ser tomados/as por el *otro/a* como un fin, y nos causa un sufrimiento tan intenso vernos instrumentalizados/as, que el deseo insatisfecho, la *queja* por el desamor, acaba saliendo al exterior en forma de desprecio, instrumentalización o cualquier otra forma de agresión. El anterior chiste parece informarnos de que las mujeres se comportan como las lavadoras, no como personas, sino como cosas. Y si es así como se comportan, es así como hay que tratarlas. Si quieres que te laven la ropa, hay un mecanismo que las pone en funcionamiento, “echarles unos polvos”. Lo que las hace “funcionar” son los polvos, su funcionamiento consiste en lavar la ropa.

Pero ese trato vejatorio es demasiado evidente, y la característica del chiste, su gracia, se basa en los múltiples repliegues que tiene. Su interpretación no puede ser literal. Los chistes, tomados literalmente, dejan de tener "chiste". La agresión es sintomática de una situación profundamente dolorosa: el hecho de no ser el objeto de deseo de las mujeres:

—¿Cuándo chilla más una mujer haciendo el amor?

—Cuando terminas y te la limpias en las cortinas.

A primera vista el hombre "fastidia" a la mujer ensuciándole las cortinas. ¿Por qué chilla cuando ensucian las cortinas?, ¿le importan más las cortinas que el hombre?, ¿no se apoya el hombre en esos gritos para señalar un silencio?, ¿la ausencia de exclamaciones de placer por parte de su compañera?, ¿acaso no es el hombre quien chilla de dolor? ¿Cómo es posible que el momento en que más chilla la mujer al hacer el amor, sea cuando le ensucian las cortinas?

Bajo esta nueva lectura, el chiste de la lavadora, presentado como prototipo de una relación instrumental (no se practica el amor sino que se "echan polvos") aparece ahora cargado de afectividad: el hombre sabe que está instrumentalizando a la mujer y esto podría explicarse con el siguiente razonamiento: siendo el amor femenino, bajo las condiciones sociales actuales, predominantemente de tendencia narcisista (quiero que me quieras), el hombre tiene de entrada la partida perdida para que le quieran a él, para que le tomen como objeto de deseo. Así pues, la forma de sufrir menos será instrumentalizádola a ella y consiguiendo por lo menos que le lave la ropa. Nuevamente, la agresividad contra las mujeres se convierte, bajo una lectura más sutil, en un grito desesperado.

El dolor es tan fuerte que acaba repercutiendo en las mujeres a través de distintas formas de agresión: maltratos físicos y verbales, el confinamiento doméstico o su uso sexual. Pero la respuesta reactiva de la mujer no se hace esperar, veamos una nueva versión de un chiste ya citado:

—¿Sabes cuál es la desgracia más grande que cometemos las mujeres?

—Casarnos.

—¿Sabes por qué?

—Porque queremos la salchicha y nos llevamos el cerdo entero.

Lo evidente es el enfoque instrumental de la mujer: utiliza al hombre para sus fines eróticos. La mujer dice querer sólo la "cosa" tachando

de "desgracia" tener que llevarse a la "persona". Reacciona a las agresiones que recibe atacando, pagando al hombre con la misma moneda. La respuesta no sólo es reactiva, sino que también es reaccionaria. En lugar de luchar por un mundo mejor, se limita a invertir los papeles. El hombre instrumentaliza a la mujer porque no ve posible otro tipo de relación, la mujer instrumentaliza al hombre porque él la ha instrumentalizado primero.

Ahora bien, no cabe contraponer expresividad a instrumentalidad como si del "lado bueno" o del "lado malo" se tratara. Al fin y al cabo, querer a una persona es quererla por lo que es, pero también por lo que tiene, y por lo que se espera de ella. Al mismo tiempo, tan dañino es conformarse con la salchicha como comerse al cerdo entero. En el primer caso se trata como "cosa" una parte del cuerpo del *otro*, a la par que se niega la existencia de la persona, y en el segundo se destruye al *otro* no sólo como sujeto, sino también como objeto, pues lo acabas incorporando. Le quieres tanto que lo quieres todo para ti y en consecuencia no lo dejas vivir ¿o hace falta recordar la frase: "te quiero tanto que te comería"?... Menos mal que sólo a besos.

En su conjunto, los chistes que expresan una queja podrían ser síntoma de un "complejo" entendido como maraña de sentimientos viscerales y ambivalentes, en los que ya no se sabe si se ama o se odia. Laberinto emocional del que no encontramos ni buscamos la salida. Situación bloqueada en la que las partes implicadas hablan idiomas distintos, pero están condenadas a entenderse porque se necesitan.

Conclusiones

Cuando empezamos a trabajar con el material que proporcionan los chistes, no anticipábamos el resultado que íbamos a obtener; creíamos que en los chistes se reproducirían las condiciones sociales que ya conocemos, sólo que haciéndolas más visibles. En cambio, hemos encontrado la cara oculta del sexismo, aquella de la que no se habla. Los chistes sobre mujeres y hombres, tomados en su conjunto, llaman la atención por la agresividad que destilan, especialmente hacia las mujeres. Pero tanta brutalidad es demasiado evidente para quedarnos con el mensaje de que los hombres desean causarnos daño, que extraen placer de tanta violencia, o que están dispuestos a cualquier cosa con tal de mantenernos sometidas. Si sólo fuera eso, si el chiste sólo evidenciara

una realidad tan cruda —el deseo de dominación de los hombres hacia nosotras, o el deseo de suprimirnos cuando su situación se ve amenazada—, si por otra parte las mujeres sólo sintiéramos rechazo hacia ellos, no habría manera de entender qué nos mueve a desear proyectos comunes tan comprometidos como tener hijos o dormir el resto de nuestra vida a su lado. Hay que recordar ese aspecto de la dominación masculina que la diferencia de otras formas de dominación. Si hay amor entre los hombres y las mujeres, ¿cómo se justifica tanta brutalidad en los chistes? Hay que pasar esa pared de violencia y cruzar al otro lado del espejo, aprender a escuchar a los hombres, saber las quejas que se encubren con esa masa de insultos y amenazas. Los hombres desean estar con las mujeres y las mujeres con los hombres, somos padres, madres, hermanos, hermanas, hijos, hijas, amantes, compañeros y compañeras de trabajo, pero la segregación social, por más intensa que sea, no ha llegado a separarnos. Al mismo tiempo, los chistes dicen que no nos soportamos, que desearíamos prescindir los unos de los otros.

Junto a la violencia de los hombres, también se hace abrumadoramente evidente la reactividad de las mujeres ante el mal trato sistemático que recibimos. Parece como si los chistes de las mujeres fueran una respuesta a los de los hombres, un devolver la pelota por tanto daño. Parece, a su vez, como si las mujeres ya fuéramos capaces de defendernos de sus agresiones.

Esto es la guerra, pero no sólo es guerra. Decía un pensador que si la apariencia coincidiera con la realidad, no haría falta ciencia. Si lo evidente diera cuenta satisfactoria del carácter de las relaciones entre hombres y mujeres, sólo habría que escuchar los chistes y quedarnos con lo manifiesto. Pero en los chistes, como en la vida, tan importante es lo que se dice como lo que se calla. Una premisa básica del pensamiento crítico es superar lo evidente y acercarse a lo subyacente, interpretando lo evidente como parte, sólo parte, de lo subyacente. Cabe decir que los chistes, cuya finalidad primera es pasárselo bien, nos acercan a la aspiración de ser felices, al permitir captar en ellos deseos inconscientes, aunque la apariencia de los chistes muestre desamor y rencor.

A través de los chistes, los hombres manifiestan algo de lo que posiblemente no se dan cuenta: ellos también son víctimas del sexismo sólo que en distinto lugar. El sexismo, no sólo es enemigo de las mujeres, sino de todo sujeto sexuado. El sexismo es el principal enemigo de la sexualidad; tal vez por eso, y como producto perverso, haya acabado generando discursos de “género”. El resultado es que cuando nos refe-

rimos a las relaciones entre mujeres y hombres, ya no aparecemos como sujetos sexuados. El discurso de género, al olvidar que somos seres sexuados, ciega una puerta que paradójicamente nos abre el chiste. Al mismo tiempo, el chiste es una de las manifestaciones culturales más violentas contra las mujeres. Por esa puerta, una vez abierta, sale al exterior una demanda de amor, la de los hombres, tan dolorosa para ellos, que nos muele a palos a nosotras.

Los seres humanos soportamos mal la herida que se abrió cuando quedamos convertidos en medias esferas. Buscamos cerrarla acercándonos al otro sexo, pero no logramos entendernos precisamente por lo mucho que nos necesitamos. Atentos a nuestras propias necesidades, no llegamos a escucharles, y tomamos como suyos nuestros propios deseos. El peso de la propia necesidad hace que no recibamos el mensaje del *otro*, que ignoremos sus necesidades. Necesitados como estamos del *otro*, queremos poseerle y eso amenaza su subjetividad. En el diálogo fallido entre las mujeres y los hombres no hay otra cosa que una demanda de amor, pero al olvidar que es tan irrealizable como irrenunciable, se transmuta en ansia de poder.